

Universidad-sociedad

Los procesos de reforma del ITESO

Alberto Vásquez Tapia*



Los cambios ocurridos en los escenarios científico, tecnológico, económico, político y cultural, notoriamente visibles en esta última década del siglo, han producido transformaciones sociales de tal naturaleza, que están afectando los modos de entender, de valorar y de hacer en todos los órdenes de la actividad humana. Existen opiniones divididas sobre los signos positivos y negativos de esas innovaciones y una cierta pérdida de sentido acerca del origen, intencionalidad y efectos de las mismas. Lo que no resulta polémico ni confuso es sostener la tesis de que las universidades, por un lado, han resentido el impacto de estos cambios y precisan de redefiniciones. Y, por otra parte, que ellas han contribuido al actual estado de las cosas, puesto que gran parte de esas modificaciones son resultado, aunque no exclusivamente, de investigaciones realizadas en sus campus y laboratorios y derivan de su concesión al pragmatismo y al economicismo que se ha instalado en sus planteles; más aún, son consecuencia del tipo de profesionales formados en sus aulas, entre los cuales recae, generalmente, la gestación y la aplicación de los mismos.

Intentar disminuir la responsabilidad de las universidades, alegando que ellas no tienen poder sobre el uso que se hace de los productos científicos y técnicos que generan, o sobre el ejercicio profesional de sus egresados, equivaldría a afirmar que éstas han renunciado al papel social y ético que tradicionalmente les ha correspondido. Lo cual resulta inadmisibile.

Acerca de la relación universidad-sociedad es ineludible referirse y preguntarse por el poder de influencia que la universidad tiene en la sociedad contemporánea. Es cierto que en las actuales décadas se vive en una sociedad globalizada, claramente dominada por las élites económicas, dueñas de las grandes corporaciones productivas y financieras, que han relegado a planos secundarios el poder de

influencia que otrora tenían las religiones y las ideologías políticas. Pero también es verdad que esas élites económicas dependen, cada vez más, de las posibilidades generadas por el conocimiento para la innovación y desarrollo de sus productos y servicios, y asimismo de una recuperación de los valores auténticamente humanos, para sostener un sistema global que comienza a desencantar y a mostrar los signos evidentes de estar llegando a sus límites objetivos.

A partir de esas constataciones algunos pensadores consideran que las universidades, espacios privilegiados para la investigación, generación y aplicación de todo conocimiento –incluidos los religiosos y los éticos–, tienen en los tiempos actuales nuevas posibilidades de influencia en la producción de sentido y en la conformación de las sociedades. Obviamente el aprovechamiento de esa oportunidad depende de la mayor o menor conciencia y voluntad que existan entre los actores universitarios para ejercerlas, y de la osadía o no que declaren para mudar los paradigmas que en la actualidad usan para planear, realizar y proyectar los servicios educativos.

En todo caso, esos cambios de paradigma y las reformas universitarias a ser emprendidas no pueden, en hipótesis alguna, socavar o lesionar lo sustantivo de una universidad, es decir, la docencia, la investigación y la proyección social; ni deben ser concebidos para instrumentar los espacios universitarios y volverlos simples plataformas al servicio de determinados intereses de poder, sean éstos de carácter ideológico, partidista, económico, e incluso en su sentido más profundo, ni siquiera religiosos. La universidad por definición es y debe seguir siendo crítica y plural.

* Asesor de la Rectoría del ITESO.



La soledad y el corazón que rebota, 1995, acuarela sobre papel, 50 x 35 cm.

El contexto actual, por lo tanto, reclama de lecturas atentas y reflexivas, puesto que su trama entraña desafíos nuevos y complejos que precisan ser develados, asumidos y respondidos lúcidamente por los educadores universitarios. Las universidades, llamadas por vocación y tradición a constituirse en auténticos espacios sociológicos de pluralismo de ideas, de formación de sujetos autores de la historia, de desarrollo de la ciencia y del humanismo, de cultivo de la inteligencia y del conocimiento generado por ella, están exigidas a:

- Pensar este contexto.
- Reflexionar sobre sus efectos en la persona y en la sociedad.
- Deducir y explicitar críticas y autocríticas.

- Generar cambios en su modo y en sus lógicas de producción intelectual.
- Producir propuestas sólidas y capaces de devolverle el sentido ético y humanista al conocimiento, al hacer científico y a la formación superior.
- Para, en definitiva, fundamentar y alinear su hacer en favor de la persona y de la sociedad a la que pertenecen y se deben.

Probablemente desde siempre, pero en especial en estos días, las universidades están también exigidas a dar testimonio de que aplican para sí mismas ese pensamiento reflexivo, crítico y propositivo y, aún más, que en sus ambientes educativos se viven los valores que estructuran su denuncia y apoyan sus propuestas. Hoy por hoy, sin testimonio el papel social de las universidades y el propio trabajo de los universitarios quedarían cuestionados, sobre todo en este mundo saturado de discursos nominalísticos, cansado de superficialidad y marcado por el signo de la incoherencia entre la declaración altruista y la acción egoísta. Hoy ya no basta que una universidad declare que forma, por ejemplo, para la justicia, la calidad, la democracia; precisa hacerlo *en* justicia, *con* calidad y *con* democracia.

El dilema básico comprometido en esa dupla postura institucional, el servicio a la sociedad mediante programas pertinentes y de calidad, y la vivencia interna de los valores que anuncia, conlleva hondas consecuencias personales e institucionales, entendidas y expresadas por cada claustro como sus propios desafíos pedagógicos e institucionales. Desafíos que retan, en definitiva, al modo de ser universitario y a la manera de hacer universidad hoy, en un mundo que ha cambiado, que está cambiando y que continuará haciéndolo sin lugar a dudas en los años próximos. Por otro lado, son apuestas que deben ser formuladas en relación directa con las demandas y necesidades sociales que se desean y que se pueden atender, desde los programas universitarios, y luego deben ser concretados en las reformas y planeaciones que se requieran emprender.

Pensar al hombre, al país y al mundo, y mediante este pensamiento de orden superior –ontológico, científico y ético– diseñar y ejecutar programas formales de docencia, investigación y vinculación social que contribuyan a rescatar al hombre de sus quiebres y opresiones, y a gestar respuestas a su demanda por una mejor calidad de vida, constituye el papel peculiar de toda universidad.

Si la universidad no lo ejerce, se compromete el propio futuro de una nación. Las personas tienen el derecho a exigir su cumplimiento y la universidad tiene el deber de ejercerlo, sin ninguna otra limitación

que sus recursos, fundada en la razón de su saber y entender, apoyada en su credo, en su filosofía y en su teleología.

Por desgracia muchos universitarios no han cambiado la lógica de entender y de desarrollar las acciones universitarias y le siguen apostando a modelos que sólo están agudizando la crisis del hombre y de la actual sociedad. Probablemente hacen más y mejor, pero más de lo mismo:

- Continúan fuera de los campus y de sus objetos de estudios los problemas, necesidades y demandas del ciudadano común.
- Se acentúa el divorcio entre la universidad y la sociedad que no tiene poder de compra.
- Los modelos que se enseñan son los generados por y para las grandes corporaciones internacionales, en países constituidos básicamente por micros y pequeñas empresas.
- Se desatiende la investigación y los proyectos de intervención.
- Se ocupan los recursos financieros y humanos casi exclusivamente en la docencia.
- La mayoría de los profesores no investigan, incluso ni siquiera en las materias que enseñan.
- En la docencia prevalece una especie de culto a la transferencia de tecnologías y de conocimientos, puesto que en los salones de clases se repite lo que saben y producen las universidades del primer mundo, sin examinar la pertinencia de esos contenidos.
- Se pasa directamente de los datos informados por las ciencias y las experiencias a la aplicación casi mecánica de los mismos.

Así, algunas universidades parecen ser una especie de "fábrica de titulados", básicamente estructuradas en función de una docencia que capacita para ejercer las habilidades técnicas que el mercado necesita y, por ende, que está dispuesto a pagar. Los valores, que forman el talante que le da sentido ético y social al uso de los talentos, no son parte del currículo y del proceso de enseñanza-aprendizaje. La formación humanista y espiritual que construye el carácter del sujeto, aquello que le da sentido a la vida y al quehacer del hombre, prácticamente está desapareciendo.

Este modelo de entender y hacer universidad está contribuyendo a la pérdida de sentido, al deterioro del hombre y de la propia sociedad. Esas universidades no están formando un hombre con capacidad de reflexionar y de aprender; con capacidad de generar nuevos conocimientos; de criticar; de tomar decisiones; de reconocer y explicitar su credo y de actuar en coherencia a él.



Sin título, detalle.

En cambio, otras universidades, entre ellas el ITESO, en fidelidad a su misión, a sus orientaciones mayores y en consideración a este conjunto de razones contextuales, se han empeñado en idear y resignificar su propio modelo para dedicarse a pensar, a discutir, a diseñar y a aplicar reformas en su arquitectura organizacional, en sus labores académicas sustantivas, en sus documentos fundacionales, en sus procesos, en sus lógicas y en sus modos de planear, gestar y producir universitariamente. Y lo hacen, a pesar de las limitaciones de recursos o quizá precisamente por ellas, de manera realista y sin pretensiones desbordadas.

En este sentido, los esfuerzos realizados por el ITESO han sido canalizados en los siguientes procesos,

cuyos objetivos y contenidos se encuentran documentados en textos oficiales:

- Reforma en la estructura organizacional, organismos colegiados y Estatuto Orgánico del ITESO.
- Reforma académica del ITESO,
- Planeación estratégica y táctica del ITESO.
- Metaprogramas.

La información pertinente acerca de estos procesos se encuentra en el libro *La reforma organizativa del ITESO a partir de 1995*, editado por esta casa de estudios superiores.

Esas reformas y las planeaciones que se encuentran en ejecución no deben ser entendidas sólo como un ejercicio estratégico para adaptar el ITESO a los cambios experimentados en el mercado en que opera y responder así a determinadas amenazas y oportunidades. Esa es una tarea ciertamente necesaria, y se ha hecho bien; como dato baste señalar que, no obstante el aumento en el número de instituciones de educación superior en Guadalajara y la crisis financiera del país, desencadenada a partir del colapso de diciembre de 1994, el ITESO:

- Ha incrementado de 3,900 a más de 6,000 el número de alumnos en estos tres últimos años.
- Ha aumentado el número de plazas de personal dedicado a la producción académica, a proyectos de investigación y a la vinculación social.
- Ha continuado el plan de formación de su personal ofreciendo becas para el estudio de programas a nivel de maestrías y doctorados.
- Ha construido nuevos edificios y remodelado las instalaciones del campus.
- Ha ampliado considerablemente las inversiones en laboratorios, en cómputo y en biblioteca.
- Ha incrementado el número de productos bibliográficos editados.
- Ha creado nuevos programas de licenciaturas y maestrías, y está próximo a iniciar programas de doctorado.
- Ha mantenido su política de corrección de las remuneraciones, conforme a los índices inflacionarios.
- Ha sostenido su política de precio respecto del valor de las colegiaturas y ha incrementado el fondo destinado a créditos y becas estudiantiles.

Estos datos, y otros más, son reflejo de que las reformas y cambios emprendidos han cumplido con la condición necesaria de ordenar la casa y sus finanzas. Pero eso, con ser mucho, no es suficiente. Se trata de desafíos más complejos. En tiempos en

que soplan fuerte los aires de la modernidad, del economicismo y del utilitarismo, debemos ser capaces de levantar la bandera del humanismo, del compromiso social y del altruismo.

Se trata de alinear permanentemente nuestros programas, productos y servicios a las necesidades del hombre y de la sociedad en que nos encontramos, lo cual exige una lectura significadora del contexto, para a partir de ella, precisar y asumir desafíos capaces de mantener en alto el sueño universitario de pensar, anticipar y mejorar la sociedad.

La apuesta es probar que nuestro credo institucional, contenido en las Orientaciones Fundamentales, es posible; que nuestro saber es útil; y que nuestros programas y servicios son socialmente pertinentes.

En sentido último, el reto es verificar, mediante esas reformas, nuestra capacidad de reflexionar y de formular alternativas de gestión y de producción universitaria, que demuestren que continuamos siendo un espacio socioeducativo capaz de ofrecer respuestas lúcidas y posibles, a partir de nuestros objetos de conocimiento, a los quiebres, necesidades y demandas del hombre y de la sociedad de nuestro tiempo.

Ciertamente será necesario continuar la búsqueda de nuevos cursos de acción, medios e instrumentos coherentes y eficaces para dar auténticas respuestas universitarias a los desafíos del contexto, y evaluar lo andado para ajustar nuestros propios procesos de planeación, gestión, producción y evaluación.

Las reformas, los procesos de planeación y los metaprogramas, sólo han colocado las bases y abierto los surcos para que fluya una acción universitaria en favor de un proyecto de país y un proyecto de humanidad. Para ello se requiere un cambio en las lógicas y en las prácticas. Esto último no se puede decretar, depende de cada sujeto, de cada uno de nosotros. Lo decisivo para ello consiste en romper, no abandonar, la parcialidad. La parcialidad de mi ciencia, de mis verdades, de mi departamento, de mi instancia, incluso de mi credo y religión, para dejar que el conjunto alcance sus objetivos, para alentar y apoyar proyectos de otros; para contribuir al logro del ideales mayores.

Con modestia, conscientes de que somos una universidad pequeña y de provincia, de que no podemos pensar que sabemos ser universidad con apenas 40 años, debemos sí reafirmar que estamos demostrándonos y demostrando que se puede hacer una universidad eficiente, productiva, ordenada y sana en lo financiero, sin renunciar un centímetro a los valores, a los ideales, al sueño contenido en el humanismo, el compromiso social y el altruismo.◆